

Memorias de un ángel caído

A. Doménech



Image not found.

Capítulo 1

PRÓLOGO

Una mala experiencia y un mensaje oculto

Un niño gritaba, desnudo, en el suelo de la cocina, mientras su padre lo apresaba con una mano y sostenía un cuchillo con la otra.

Desde el otro lado del cristal de la ventana yo veía la escena aterrado. No podía ayudarlo, ya había comprobado todas las entradas. Cerradas. Mi desesperación aumentaba en cada nueva intención de entrar a salvarlo. Solo tenía ocho años, pero no me quedaba más remedio. No tenía tiempo de pedir ayuda.

Ocurría de noche, en mitad de la nada. La niebla insondable abanzaba tranquila por el campo de hierba muerta, ajena a todo lo que estaba pasando dentro de la casa. Darek gritaba y lloraba y suplicaba una y otra vez a su padre que, por favor, que parara.

En el Páramo hacía mucho frío, pero las lágrimas ayudaban a mantener calientes mis mejillas.

Los segundos transcurrían lentamente. La atmósfera se convirtió una caja de acero sin oxígeno. Sabía lo que ocurriría, y no podría hacer nada para evitarlo.

-Bien, no hay por qué preocuparse, Mikhael, solo fue un sueño.

La doctora apuntó algo en su libreta, se ajustó las gafas y me miró con somnolencia. O eso me pareció. La velas encendidas en el buró tras ella, la única iluminación de la estancia, dejaban su rostro en la penumbra, mientras que yo, intuí, era perfectamente visible.

-¿Todavía te atormenta la muerte de tu amigo?

-No. Pasó hace un siglo y medio, ¿por qué debería seguir afectándome?

Carraspeó. Y volvió a colocarse las gafas.

-Bien. Verás, cuando soñamos con seres queridos fallecidos suele ser porque estamos intentando decirnos algo que ni quiera nosotros mismos alcanzamos a entender.

-¿Y?

-Puede que tengas algún problema pendiente que solucionar y estés intentando inconscientemente encontrar la respuesta.

Me exasperé. Un poco.

-No dijo absolutamente nada. Tan solo gritaba, ya se lo he dicho.

La doctora bostezó, haciendo caso omiso de mi irritación, lo que me irritaba más.

-Mikhael, no es necesario hablar para transmitir un mensaje, ¿o es que tú escribes el significado de tus pinturas en una esquina?

Me desinflé. Vale, tiene sentido.

-Está bien, ¿y qué sugiere que significa?

Me apuntó con el lápiz perezosamente.

-Tú lo viviste. Tú eres el que debe averiguar qué te sugiere.

¿Para eso le pago?

La doctora continuó escribiendo cosas en su libreta. Siempre me preguntaba qué estaría escribiendo. Una ridícula posibilidad era que no me prestaba la más absoluta atención y repasaba la lista de queaceros. Otra posibilidad menos absurda pero mucho más paranoica era que que estaba escribiendo una novela con todas las historias que le contaba, pero eso habría sido pensar de forma muy presuntuosa por mi parte. Lo más probable es que estuviera apuntando todo lo que pensaba de mí, como hacía yo con mis divagues, solo que ella no lo haría de manera ofensiva y tenía todo el derecho porque formaba parte de su trabajo. Aunque yo le pagaba, por lo que también tenía derecho a pensar de ella que no me ayudaba para nada. En ese mismo instante se estaba durmiendo. Aunque la hubiera despertado a las cuatro de la madrugada para contarle mis problemas, no me parecía para nada profesional dormirse en mitad de una

consulta. Era su obligación atenderme despierta.

-Vale, hace semanas que me propongo arreglar el escalón suelto de mi taller, pero siempre se me olvida. Será porque no subo a mi dormitorio con mucha frecuencia, solo cuando voy a dormir, y entonces no me apetece arreglarlo. Y cuando bajo para trabajar, pero entonces estoy demasiado ocupado...

-No, Mikhael, eso es porque eres olvidadizo y descuidado. -Cerró los ojos y habló con parsimonia-. Si quieres saber qué significa, tendrás que investigar.

-¿Investigar? ¿Dónde, en un libro de espiritismo, por ejemplo?

-No, mula terca, en tu mente. Tienes que indagar en lo más profundo de tus recuerdos, reconocer las emociones que te provocan.

-Ya... No tengo muchas ganas de rebuscar en mi basura mental, si le soy sincero.

La doctora suspiró y apuntó algo en su libreta. Me la imaginé garabateando la palabra llorica y una sonrisa irónica.

-Mikhael, no puedes seguir huyendo de tus emociones durante el resto de tu vida. Si no las dejas salir seguirán manifestándose en tus sueños y a la larga lo pasarás muy mal. Me temo que no podrás librarte de esos recuerdos dañinos hasta que te enfrentes a ellos.

-Si usted lo dice.

-Insisto. Y, por favor, si vuelve a surgirte la necesidad de consultarme sobre una pesadilla, ten la cortesía de esperar a que salga el sol antes de aporrear mi pobre puerta.

-No le prometo nada.

Salté de la butaca porque presentí finalizada la sesión. La doctora Elizabeth me acompañó hasta la puerta y se despidió de mí con gesto fraternal. Me trataba cuando era un niño, por lo que lo sabía todo sobre mí. Siempre acudía a ella porque me conocía mejor que a mí mismo. Y porque era la única que todavía no me había echado de su consulta.

Me zambullí en la niebla y salí del pueblo en dirección a mi taller, a unos quince minutos en las afueras del pueblo, en la zona del Páramo. En todo Engelsdorf dudo que en ningún otro lugar hiciera tanto frío como en el prado encharcado donde yo vivía.

Durante el camino reflexioné sobre lo que habíamos hablado. Si aquel sueño tenía un mensaje oculto, este cumplía su misión con eficiencia. Hacía muchos años que había archivado y clasificado en el contenedor de residuos tóxicos esos recuerdos traumáticos de mi niñez, y revivir aquellos terribles momentos no me parecía para nada apetecible, ni útil para recuperar mi integridad psicológica. Vivía bastante bien manteniéndolos encerrados bajo llave y no veía la necesidad de dejarlos salir ahora.

Sin embargo, una parte de mí sentía que la doctra Elizabeth estaba en lo cierto, pues había un interrogante atascado en mi cerebro que me molestaba profundamente.

Darek había muerto. Pero Darek no tenía que haber muerto. Su padre había sido poseído por un demonio. Y no entendía por qué.